



REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA OBRA PÍA PARA COMBATIR LA BLASFEMIA

EL PERIÓDICO SE PONE BAJO EL AMPARO DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Riera de San Juan, 6, 2.º, Círculo Barcelonés de Obreros de San José; debiendo dirigirse la correspondencia al Presidente del Círculo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un año. 10 reales.
Números sueltos. 1 »
Por cada diez suscripciones que se proporcionen se dará una gratis.

PUNTOS DE SUSCRIPCION

En la Imprenta de Bertrán y Altés, Pelayo, 6, bajos; Riera de San Juan, 6, 2.º y en todas las librerías católicas de España.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO

Gloria in excelsis.—*La caridad y la riqueza.*—*Juicios humanos.*—*Indulgencias que concede Su Santidad para alentar á los fieles en su lucha contra la francmasonería.*—*Actos de la Obra Pía.*—*Obras católicas.*—*Buenos ejemplos.*—*Santificar las fiestas.*—*El canciller Tomás Moro.*—*Miscelánea.*—*¡Ningún crucifijo! ¡Ningún sacerdote!*—*Sacrilegios castigados.*—*Las enfermeras laicas.*—*El plan de la secta.*—*Los espíritus.*—*Anuncios.*

NUESTRA FIESTA Y PROTESTA SOLEMNE

El tercer domingo de Enero que nuestra Madre la Iglesia Católica lo consagra á conmemorar el dulce nombre de Jesús, nos reuniremos los asociados á la Obra pía para combatir la blasfemia y los individuos del Círculo Barcelonés de Obreros bajo la advocación de San José, en la Iglesia de Santa Ana para celebrar con la misma solemnidad que los años anteriores nuestra fiesta; pero este año un nuevo acto vendrá á darle mayor importancia: tal es la protesta solemne de no afiliarnos jamás á la masonería ni á ninguna secta secreta y combatir como buenos católicos estos centros de Satanás.

La función se celebrará en la forma siguiente:

Por la mañana á las 8 tendrá lugar la comunión general á la que invitamos á todos los que simpatizan con nuestra obra. Por la tarde á las 4 se rezará el

Santo Trisagio, después de cuyo piadoso ejercicio habrá media hora de lectura espiritual, que irá alternando con un motete religioso adoptado al objeto; luego seguirá el sermón y después de éste la profesión de fe y protesta solemne; concluyendo con la solemne procesión y reserva.

El día 9 de Febrero de año nuevo se darán ejercicios para caballeros en la Casa misión de Gracia, debiendo comparecerse en ella á las cuatro de la tarde.

Debemos recordar á nuestros amigos que cada primer domingo de mes, á las 8 de la mañana se celebra una misa en el altar del Sacramento de la parroquia de Santa Ana en la que reciben la comunión varias personas adictas á la Obra de la extinción de la blasfemia, cuya comunión ofrece en desagravio á S. D. M., y con acto de expiación.

IGLORIA IN EXCELSIS!



ESUCRISTO es el Maestro de la humanidad. Durante los tres años de su vida pública enseñaba en el templo, en la plaza pública, en las playas del mar, en las montañas, en las riberas del Jordán, en todas partes; la cruz fué también una cátedra y lo es también el pesebre ante el cual prestamos el obsequio de nuestras adoraciones durante las fiestas de Navidad.

No habla todavía; no es sino un infante que acaba de nacer, y sin embargo ya se halla constituido en Maestro del mundo.

En el pesebre están todas las grandes enseñanzas de Cristo; la pobreza, la obediencia, la humildad, la caridad, la misericordia, el sacrificio; en una palabra, todo el Evangelio.

Principiemos por contemplar la figura de María, unos días antes de su alumbramiento. Sabe que es Madre de Dios; que muy pronto vá á dar á luz á su divino Hijo, sabe además que el Mesías ha de nacer en Belén, la ciudad de los grandes recuerdos, la cuna de sus gloriosos antepasados, el lugar donde se encuentra el sepulcro de la interesante y llorosa Ruth, símbolo de los infortunios del pueblo escogido; aquélla Belén en cuyos alrededores había ido á refugiarse Elías huyendo de la persecución de Jezabel.

«Y tú, ¡oh Belén llamada Efrata! tú eres una ciudad pequeña respecto de las principales de Judá; pero de tí me vendrá el que ha de ser dominador de Israel (1).» Así habla el profeta Miqueas.

María sabe todo esto; sabe también que faltan pocos días para dar á luz á su Hijo y sin embargo vive en Nazareth, pueblo separado de Belén por una distancia de cuatro jornadas.

¿Dejará de creer en la palabra divina? Todo menos esto. ¿Se apresurará la Virgen á ir ella á Belén para que se cumpla el celestial vaticinio? De ningún modo. Dios cuidará de que se cumpla el plan providencial; María no hace más que entregarse completamente en manos de Dios.

Aquél que *tiene los corazones de los reyes en su mano* (2), toma por instrumento suyo á Cé-

sar Augusto, quien, aprovechando un período de paz, resuelve hacer el censo de todos sus súbditos. La Palestina está sometida á Roma y los hijos de la Palestina tendrán que dirigirse al lugar de donde son originarias sus familias para que sean incluidos sus nombres en el padrón oficial.

El orgullo farisáico se subleva contra la orden del César; y, según afirma Flavio Josefo, más de seis mil fariseos dejaron de obedecer la orden de Augusto, como una protesta en favor de la independencia de su nación, mayormente cuando su orgullo nacional se siente excitado con las esperanzas de la próxima venida del Mesías, á quien confunden con un rey temporal y no aciertan á ver sino rodeado de su gloria política (1).

María, al contrario, siempre humilde, sabe que honra á Dios «de quien se deriva todo poder,» (2) obedeciendo al César en cosas que pertenecen al orden civil, y junto con su esposo, se encamina á Belén, la ciudad de David, su antepasado.

Gracias á este acto de obediencia, Jesús entra en el mundo de la historia de un modo incontestable, de suerte que, cuando después, pasadas algunas generaciones, se disputará la existencia de Jesús, á aquellos incrédulos que no saben verle en la gran transformación que se realiza no sólo en los individuos, sino también en los pueblos, oradores como Tertuliano, que sigue en esto el ejemplo de san Justino, podrán apelar al padrón hecho por Augusto y conservado en los archivos de Roma.

María y José al llegar á Belén encuentran cerradas todas las puertas. Ni en el último mesón hallan sitio donde guarecerse. «No hubo lugar para ellos» (3).

¡Así viene al mundo el Hijo de Dios!

Durante su vida mortal, Jesús no tendrá más lugar que un rincón desconocido en la pobre aldea de Nazareth; al morir, su lecho de muerte será una cruz, ni aun tiene dónde nacer!

Al pedir María y José un sitio donde hospedarse, es muy probable que al decirles que no había lugar para ellos se hiciese con formas bastante groseras.

Los dos esposos no se irritan ni se impacien-

(1) Miq. V. 2.
(2) Prov. XXI, 1.

(1) Antiq. XVII, 2, 4.
(2) Rom. XIII, 2.
(3) Luc. II, 7.

tan; muy al contrario, acatan los designios de Dios en el nacimiento de su Hijo. Sin duda era menester que aquel Verbo que pronto había de decir «Venid á mí todos» (1) naciese, no dentro el recinto de una ciudad estrecha, sino en una cueva sin puertas, abierta día y noche á todos los que fuesen en su busca. Venido al mundo para enriquecernos con la riqueza más preciosa, que es la gracia, tenía resuelto vivir y morir en una pobreza tal, que se pudiese decir de él: «Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza» (2). La desnudez, la pobreza de Jesús debía principiar en Belén para terminar en el Calvario; al fin Belén era el punto de partida para llegar al Calvario, ya que el misterio del nacimiento de Jesús, como el de su muerte, vienen á confundirse para formar juntos el misterio de nuestra salvación.

Ya el sol escondiéndose en su ocaso, había saludado la noche en que el Mesías había de nacer; y en una de las cuevas abiertas en la peña que servían de asilo á seres irracionales, fueron á guarecerse María y José.

«Y parió María á su Hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre porque no hubo lugar para ella en el mesón;» dice el Evangelista (3).

Primogénito de María, le llama á Jesús el Sagrado Texto: sí; los innumerables hermanos de Cristo, que somos nosotros, llamamos á Dios nuestro Padre; llamamos á María nuestra Madre; tal es el sentido sin duda más verdadero y más elevado de la palabra evangélica.

Las cortas líneas del Divino Libro sobre el nacimiento de Jesús, con ser tan cortas lo dicen todo. Dios ha cumplido su promesa. De la raza de Adán pecador, sale el Hijo de la mujer «que ha de aplastar la cabeza de la serpiente.» «Amó Dios tanto al mundo, que no paró hasta dar á su Hijo unigénito» (4).

La raza humana tiene su Emanuel, es *uno de nosotros*, semejante á nosotros cuando acabamos de nacer, su carne es nuestra carne, su figura nuestra figura, comienza como comenzamos nosotros, sin poder sostenerse por sí mismo, sin poder dar un paso; lo mismo que nosotros, al nacer no habla, como nosotros llora, como nosotros siente frío, como nosotros busca

á su madre para que le alimente con la leche de sus pechos maternos. En fin, es el Hijo del Hombre como es el Hijo de Dios.

Este Niño es la Hostia del linaje humano; la gran víctima que se necesitaba para las justas expiaciones de la Redención. Su nacimiento es la entrada en el camino de las inmolaciones.

Puertas que se le cierran obstinada y cruelmente, una gruta, un pesebre, unas pajas frías y húmedas, esto es lo que encuentra al venir á la tierra el Hijo de Dios que, al aparecer entre nosotros en carne mortal, nace en medio de la noche y en el tiempo más frío del año.

El Verbo divino, la Sabiduría del Padre, el Hijo de Dios no podía aparecer en la tierra ni más pequeño, ni en sitio más pequeño.

Al verle nacer sin hogar, sin abrigo, en aquella gruta, habríamos dicho:—Este Niño es un infeliz; y sin embargo, este Niño es Dios.

¿Quién había de figurarse que al venir Dios á salvar al mundo lo hiciera por semejante manera? Viene á libertar al linaje humano y nace en condiciones que, á considerarlas humanamente, se pueden llamar abyectas; viene á iluminar al mundo y aparece en un abismo de oscuridad; es Hijo Eterno del Padre que viene á comunicar al mundo sublimes secretos de sabiduría eterna y se presenta en medio de nosotros hecho un infante sin palabra: es la riqueza divina que nos lleva sus títulos á la herencia del Padre celestial y para persuadirnos de ello viene, no sólo con las apariencias de pobre, sino con todas las condiciones de tal.

Los hombres cuando se proponen eso que llaman salvar ó libertar un pueblo, buscan ó una corona brillante, ó una espada victoriosa, ó una palabra elocuente; estos son los procedimientos humanos, bien estériles por punto general; los procedimientos divinos habían de ser muy distintos.

La natividad de Jesucristo es la natividad de una humanidad nueva, es un nuevo mundo que empieza: el mundo cristiano, dice San León el Grande; aparece la cabeza para incorporarse los miembros. La plenitud de vida eterna que está en ella se derramará sobre cada uno de aquellos que lo querrá con voluntad sincera (1).

Con el nacimiento de Jesús, pues, no sólo

(1) Mat. XI, 28.

(2) Mat. VIII, 20.

(3) Luc. II, 7.

(4) Joan. III, 16.

(1) L. de Nativ. Serm. IV, c. 3.

hemos sido levantados del abismo en que nos echó la culpa original, sino que á la vez hemos sido elevados á las regiones de lo divino; y por lo tanto, es preciso que la descendencia del Adán culpable, rehabilitado por el nuevo Adán, repita de uno á otro extremo del orbe: «¡Gloria á Dios en las alturas!»

Nacidos en Dios por medio de Cristo, es menester que seamos algo más que hombres con instintos terrenos, con pasiones terrenas; es menester que no nos limitemos á llamarnos Hijos de Dios, sino que lo seamos, y que de hoy en adelante ideas, sentimientos, gustos, aspiraciones, costumbres, carácter, todo se adapte á un molde divino. «Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, escribe San León, elévate á esas alturas donde serás partícipe de la naturaleza divina; no degeneres de tu grandeza, no la abrigues» (1).

Dirijamos una vez más la mirada hácia el pesebre. Jesús, nuestro Dios, nuestro Maestro, nuestro modelo, es un niño, un verdadero niño inocente, sencillo, candoroso, dócil como un niño. ¿Podríamos ser suyos con un corazón manchado, con un carácter altanero, con una razón orgullosa? Si nos gloriamos de ser prudentes hasta la astucia, hasta la malicia, ó de ser independientes hasta la rebelión, ¿cómo nos atreveremos á acercarnos al pesebre, donde lo primero que nos pide el Hijo de Dios hecho un niño es espíritu de verdad ingénua, de rectitud leal, de humildad, de obediencia, de mansedumbre? En su nacimiento como nunca el Niño Jesús nos dice: «En verdad, en verdad os digo, que si no os volveis y haceis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

LA CARIDAD Y LA RIQUEZA



IN la virtud de la caridad, no hay salvación.»

La frase es tan terminante como exacta, pues procede de una autoridad que no puede rechazar ningún católico. Fué escrita por San Juan en su Epístola 1.^a, cap. III.

(1) De Nativ. Serm. I, c. 3.

De consiguiente, cuantos no ejercen tan necesaria virtud, ya pueden presumir el castigo que les espera, y del cual, en momentos solemnes, no se han atrevido á burlar muchos hombres que pasaban en el mundo por incrédulos. Ofenderíamos por lo tanto, á los creyentes, si supusiéramos la posibilidad siquiera de que no dan importancia al negocio gravísimo de la eterna salvación.

Aunque son muchas y variadas las maneras de ejercer la caridad, es indudable que las personas ricas cuentan con mayores elementos materiales para practicar la más útil de las virtudes.

La dificultad consiste en que la inmensa mayoría de los ricos se engañan á sí mismos, suponiendo que necesitan sus riquezas para cubrir las obligaciones propias, ó de su familia, y califican egoístamente de necesidades muchas cosas superfluas, y aún perjudiciales, para su alma y también para su cuerpo.

Conocemos mucho á quien nació en dorada cuna y fué acostumbrado desde su niñez á disfrutar de comodidades que la situación desahogada de la familia le hizo ver como necesarias de la vida. Sin embargo, el reparto entre los hermanos de bienes heredados, dió lugar á que disminuyeran los ingresos y con ello á la supresión de carruajes y otros gastos análogos. No obstante, lo que ántes se había considerado de buena fe como indispensable, se vió claramente que no lo era: el estudio y el trabajo sustituyeron con ventaja á las costosas diversiones; el cuerpo adquirió mayor robustez, y el alma desarrolló sus facultades sin duda porque Dios quiso premiar la conformidad cristiana de quien algunos, que juzgan con arreglo al modo de pensar del mundo, calificaban de víctima de leyes injustas y anticuadas.

Después de haber aprendido prácticamente con el caso particular que acabamos de referir y que nos toca muy de cerca, hemos oído repetidas veces lamentaciones exageradas á muchos que han cambiado de situación y cuyo cambio atribuyen siempre á todo el mundo, ménos á sus propias culpas, revelando tanto orgullo como falta de resignación. Tras de las lamentaciones, vienen siempre las acusaciones á los ricos, sin tener en cuenta que ellos, cuando disfrutaban de riquezas, dieron lugar á análogas quejas.

Con razón sobrada decía nuestro Santísimo Padre León XIII el 21 de Abril del año 1878, día de la Pascua de Resurrección, al dirigir la

primera de sus notabilísimas é inmortales Encíclicas al Orbe Católico: «El egoísmo es un sentimiento estéril, que enerva y degrada á la humanana naturaleza.»

No entra en nuestros propósitos escribir ahora una disertación sobre el egoísmo y las causas que lo producen y aumentan en nuestros días; pero no dudamos que nuestros lectores convendrán con nosotros en que crece el egoísmo á medida que la materia se sobrepone al espíritu; y de consiguiente, la conveniencia de espiritualizarnos que todos tenemos.

Contra los que defienden su propio egoísmo por medio de murmuraciones más ó menos fundadas, de otras personas, les diremos con San Pedro de Alcántara: «Hermanito, principiemos por reformarnos usted y yo, y dos menos habrá que reformar en la sociedad y pidamos de veras por la conversión de los pecadores y perseverancia de los justos.»

Es decir, demos ejemplo y oremos, porque el ejemplo es el mejor y más elocuente de los discursos y es, según un poeta español de nuestros días, la

«Oración, dulce consuelo
que nuestros pesares calma,
llave infalible que al alma
abre las puertas del cielo.
¿Qué milagro hay que no obre?
¿Qué imposible que no pueda?
Ella es la única moneda
Con que paga al rico el pobre.»

Si cada uno nos estudiamos bien por dentro, no será difícil que descubramos algo del tesoro que todos debemos á Dios; y la obligación que tenemos ricos y pobres de pagar con oraciones y limosnas al dispensador de todo bien.—X.

(*El Pilar*).

JUICIOS HUMANOS

I.



odos los días estamos viendo la facilidad y lijereza con que se habla y juzga sobre cuanto se ofrece á la investigación humana, por más grave y complicada que sea la materia de nuestros juicios.

Nada arredra al espíritu escrutador de nuestros días, para echarse por el camino de las suposiciones gratuitas y de las conclusiones más aventuradas.

Gran parte de la prensa, con sus columnas abiertas á todas horas, ávida de novedades y promovedora del escándalo, para causar ruido y crecer en importancia, es el campo siempre abierto y dispuesto á dar entrada á todo cuanto es capaz de inventar la maladicencia, hasta el absurdo.

Y las inteligencias procaces deslían allí con fruición el veneno que corroee sus entrañas y alimenta su espíritu descontentadizo, atrabiliario y orgulloso.

Colocadas en la mayor altura de su amor propio desmedido, pagados de su talento, creyendo sus opiniones como las únicas que valen y forzados por su vanidad de críticos indispensables, allá van juicios sobre todo, aún sobre lo más santo y respetable.

Algo más se necesita para juzgar y decidir sobre los hechos y las acciones humanas, que cierta dosis de ingenio que dá brillo y novedad á las palabras, la mayor parte de las veces vacías de sentido.

Y, sin embargo, en esto consiste todo el mérito é importancia de los argumentos que suelen emplearse en contra de las verdades de la fe: las razones que son más que frases de efecto; tómase cualquier hecho que parece hallarse á primera vista en oposición con las novedades científicas, y sobre él la vanidad del escritor despreocupado forma una novela ó cosa así, que entre el vulgo de los sábios de relumbrón es una verdad que no admite réplica, aún cuando ataque por su base los principios que la Iglesia tiene por inconcusos.

El prudente aguardaría ver depurados los hechos, esclarecidas las razones y aclaradas las dudas por otros posteriores; pero el hombre superior y despreocupado no tiene espera, y menos cuando no hay ni voluntad, ni disposición para creer lo que no es agradable al paladar racionalista ni al espíritu materializado.

¿Qué sabe el hombre lo que fué antes que él ni lo que será después! Profundo misterio encierra el pasado y lo porvenir, para que la ciencia sola sin el auxilio de la fé se lo aclare y descubra.

II.

Arcanos insondables encierra el corazón humano; en esto conviene todos, y á pesar de

creerlo así, no hay recelo en formar y deducir juicios aventurados sobre cuanto puede impresionarnos y que acoge para su exámen la malicia de los hombres desocupados y murmuradores de oficio.

Entonces ya no hay misterios; todo se vé claro, natural y lógico. Por más alta que sea la víctima que cae entre sus garras, y digna de respeto y aun de veneración, no importa que el hecho, tal como lo cuentan, sea escandaloso, criminal; y por más que no sea verosímil y no haya antecedentes que lo justifiquen, adelante con el propósito; el caso hace ruido; puede ser explotado en desprestigio de ciertas clases de la sociedad, pues corre y circule desde el artículo de fondo hasta la gaceta.

Y todos lo leen y lo oyen, sin que el criterio de la razón, ni el sentimiento religioso sea bastante capaz para contener á lo ménos la duda, que á los principios se apodera del ánimo de la mayoría de las gentes que se precian de puros y reservados en sus juicios.

Nótase esto de un modo evidente, luego que la verdad se depura y sale á luz lo calumnioso del hecho, y la falsedad y malicia de los inventores; y admírase uno de sí mismo al considerar como tan fácilmente dió entrada en su pensamiento á tamaños absurdos é infamantes suposiciones.

Trae la historia no pocos ejemplos de lo falible que son muchas veces los juicios humanos y de ellos se desprende cuán prevenidos debemos estar sobre el grado mayor ó menor de certeza que hemos de concederles.

Héroes proclamados por tales en este ó el otro siglo, descúbrese en los siglos posteriores y después de diligentes y sábias investigaciones, que no han sido más que hombres vulgares llenos de pasiones y animados de un espíritu grosero y malévolos, que ni merecían que su nombre figurase en las páginas de la historia; en cambio hállanse algunos que por humildes pasaron sin que fuesen notados de sus contemporáneos y son ahora venerados entre el número de los santos y de los sábios, á quienes la fama consagra la corona de la inmortalidad.

¡Cuántos que han merecido honores divinos fueron al cabo miserables *fantoques* del vulgo impresionable!

III.

Así andan las cosas en el mundo, sin que

de ellas podamos deducir la certeza de los hechos, sin tomar antes grandes precauciones y someterlas á las prescripciones de la sana crítica, entre las cuales se cuenta el no dejarnos guiar por las opiniones formadas en el momento del suceso que juzgamos, y el sobreponernos á la pasión que nos domina.

Puede asegurarse que esta última entra por mucho en los falsos juicios que oímos á cada paso, con especialidad la pasión que se conoce con el nombre de envidia. De la boca del envidioso no pueden esperarse sino invenciones malévolas que van derechas á desacreditar al próximo hiriéndole en lo que más quiere y ama.

El orgullo no deja de tener también su parte principal, especialmente cuando se trata de juzgar las obras de sus semejantes y el mayor ó menor ingenio que en ellas revela.

Hay quienes no pueden avenirse con la idea de que existan otros que piensen más alto y más hondo, discuriendo con más habilidad y acierto.

Los instintos de la naturaleza dañada por el primer pecado, se revuelven y agitan con inspiración satánica, alentando toda clase de pasiones que extravían los juicios.

Que esto es verdad, lo dice el testimonio de nuestra propia conciencia, pues cuando en horas de soledad y de quietud nos recojemos á meditar sobre nosotros mismos y pensamos en los juicios que sobre el próximo hemos oído durante el día, nos causa asombro y angustia la facilidad y el poco reparo con que se habla del prójimo y la tendencia en nosotros á creer cuanto se dice sin protesta alguna por nuestra parte.

Entonces comprendemos la impremeditada lijereza de cómo se juzga en el mundo, penetrando, si el caso se presta á ello, en lo más sagrado de la familia.

Si en nuestro corazón hay todavía algún resto de caridad y de sentimientos cristianos, profunda pena agobia nuestro ánimo lamentándonos de nuestra mísera condición, y dirigiendo nuestros ojos húmedos al cielo buscamos allí consuelo para el próximo infamado y perdón para nosotros, que no hemos tenido valor para defenderle.

En aquella hora, si el orgullo no es señor y dueño de la voluntad, nos veremos tal cual somos, con todas nuestras fragilidades y miserias, las cuáles sólo podremos vencer con la gracia y el auxilio de lo alto.

No se crea que imaginamos tener como imposible todo juicio humano, negando á los hombres su testimonio como regla y criterio de verdad, lo cual sería además de absurdo, inconveniente; lo que queremos decir sin pretensiones de tesis, es que se hacen al día muchos juicios temerarios, porque en nuestro humilde concepto temerario es juzgar sobre todo cuanto se presenta á nuestra consideración sin reunir para ello las condiciones especiales que los casos requieren.

Ni el ingenio agudo y despierto, ni el mucho saber é ilustración bastan para juzgar de la conducta y vida de nuestros prójimos; es preciso, además, estar revestidos de la autoridad necesaria, según las circunstancias del juicio que intentamos formar.

Si se tuvieran siempre presentes estas condiciones que deben preceder á todo juicio, ¡cuántas penas y disgustos nos ahorraríamos á nosotros mismos y á nuestros semejantes!

Y téngase en cuenta, que obrar de otro modo es entrar por el camino de la murmuración, vicio innoble y por demás contrario á la caridad.

«No queráis juzgar para que no seáis juzgados, pues con el juicio con que juzgáreis se-
reis juzgados; y con la medida con que midié-
reis, os medirán,» ha dicho el divino Maestro, y pensando y meditando en esta profunda lección viviremos sobre aviso cuando el deber ó la necesidad nos obliguen á juzgar de los sucesos de la vida y de la conducta de nuestros prójimos.

(*La Propaganda Católica.*)

INDULGENCIAS QUE CONCEDE SU SANTIDAD PARA ALENTAR Á LOS FIELES EN SU LUCHA CONTRA LA FRANCMASONERÍA

HABIENDO el autor del *Manual de la Liga antimasónica* suplicado humildemente á nuestro Santísimo Padre que se dignase conceder indulgencias á los fieles que se comprometan á no afiliarse nunca á la Francmasonería y á combatir tan impía secta, Su Santidad se ha dignado acoger favorablemente esta petición.

El suplicante insistía especialmente acerca la importancia de que los niños, en el acto de la primera Comunión, aceptasen dicho com-

promiso, que es fácil añadir á la renovación de los votos del Bautismo.

Esta práctica, decía, aconsejada por el mismo Padre Santo en su Encíclica *Humanum genus* contra la Francmasonería, y extendida ya en varias diócesis, se generalizaría sin duda en todas las parroquias del universo católico si Su Santidad se dignase conceder indulgencia plenaria á un acto tan eficaz para el bien de los niños y de los padres, en el día de la primera Comunión.

Estos mismos compromisos, añadía, propagados por el clero y los hombres celosos en las escuelas, los colegios, las instituciones, las Congregaciones y las Asociaciones católicas, preservarían á la mayor parte de los fieles del contagio de las sectas. Al fin de dar á conocer á los niños y á los jóvenes la gravedad del mentado compromiso, además de las instrucciones verbales se les entregaría el opúsculo: *Manual de la Liga antimasónica*, aprobado por el Papa.

Véase, con el extracto de la petición hecha al Padre Santo, la respuesta dada por Su Santidad:

«Santísimo Padre:... Con objeto de que la lucha contra la Francmasonería tenga más felices resultados, el suplicante desea que Vuestra Santidad se digne conceder:

«1.º Una indulgencia plenaria á los niños verdaderamente contritos y confesados que, al acercarse por primera vez á la sagrada Mesa, juren que nunca darán su nombre á ninguna sociedad secreta, añadiendo alguna oración á intención de Vuestra Santidad.»

«2.º Asimismo una indulgencia plenaria una vez cada año, en el día que se elija, á todos los fieles que, verdaderamente arrepentidos y habiendo recibido los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, renueven su juramento de no afiliarse á las sectas masónicas y rueguen por algun tiempo según la intención de Vuestra Santidad.»

«Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, en la audiencia concedida el 20 de Agosto de 1887 al infrascrito Secretario de la Sagrada Congregación de Indulgencias y Santas Reliquias, lo ha concedido todo benignamente conforme se pedía.

«La presente confesión es valedera por diez años sin ninguna expedición de Breve y sin que nada obste en contrario.

«Dado en Roma, en la Secretaría de la misma Congregación el 20 de Agosto de 1887.—

»Fr. Tomás María, cardenal Zigliara, perfecto.
 »—(L. † S.) † Alejandro, obispo, secretario de
 »la Congregación.»

Nos atrevemos á esperar que después de esos tan significativos favores de nuestro Santísimo Padre, con el beneplácito de los Obispos, así los pastores de almas y los miembros todos del clero como los maestros cristianos, los directores de Congregaciones y Asociaciones, y todos los católicos celosos, propagarán por doquiera, y especialmente entre la juventud, los compromisos de que aquí se trata: de esta suerte, según el deseo del Padre Santo, ésta saludable práctica se hará general y universal, y preparará eficazmente, con el triunfo de la Iglesia, la ruina de la maldita secta que oprime en tantos países al pueblo cristiano.

Para contraer formalmente los compromisos de que se trata y ganar las indulgencias que ha concedido nuestro Santísimo Padre, puede emplearse cualquier fórmula que contenga expresamente la promesa solemne de no afiliarse nunca á las sociedades secretas.

Por ejemplo, podrían decir los niños de primera comunión «Renuncio á Satanás, á sus pompas, á sus obras y á las sectas masónicas ó sociedades secretas condenadas por la Iglesia, y me adhiero á Jesucristo para siempre.»

Hé aquí otra fórmula más general, que puede servir para la primera comunión y en otras circunstancias: «Humildemente sometido á las disposiciones de nuestro Santísimo Padre el Papa, me comprometo ante Dios y ante los hombres á no adherirme nunca en lo más mínimo á las sectas masónicas ú otras sociedades secretas condenadas por la Iglesia, y á combatirlas con todas mis fuerzas.»

A todos los fieles que contraigan los sobredichos compromisos se les recomienda la siguiente invocación: «San Miguel Arcángel, orad por nosotros y protegéd á la Iglesia contra las sectas masónicas que forman el ejército de Satanás.»

ACTOS DE LA OBRA PIA

Acta de la sesión celebrada el día 4 Diciembre bajo la presidencia del Reverendo don José Ildefonso Gatell, Presbítero.

Con las preces de costumbre, comenzó la sesión á las 4 y media, leyendo el señor Secre-

tario el acta de la anterior que quedó aprobada.

Nombróse una comisión compuesta de los señores Martí y Barjau, Vendrell, Rovira, Barba y Batlló para que se sirviesen asistir en representación de la Obra Pía á la función religiosa que *Las Conferencias de San Luis Gonzaga* de la parroquial iglesia de Belén celebró el día de la Inmaculada Concepción.

Propuso el señor Artigas que en el Mensaje que con motivo del próximo Jubileo Sacerdotal de León XIII, remitirán las Asociaciones católicas á Roma, figurara la Obra Pía ya que figura el Círculo Barcelonés hijo de aquélla. Manifestó también el señor Artigas que sería muy conveniente que los socios de las distintas secciones hicieran una profesión de fe prometiendo combatir las sectas secretas. Hizo el señor Presidente un bosquejo de lo que son estas sociedades, y confirmando las palabras del señor Artigas y á instancia de los señores Martorell y Oller, acordóse que el tercer domingo de Enero, festividad del Dulce Nombre de Jesús, se hiciera aquella profesión de fe.

El señor Llorens y Riu encareció la necesidad de propagar tan buena idea entre los individuos de las distintas secciones, y el señor Alsina hizo oportunas observaciones sobre el deber que á todos incumbe de combatir las sectas secretas.

Para sufragar los gastos de las hojas que, en dicho día se repartirán en la parroquial Iglesia de Santa Ana propuso el señor Creu, se recogieran donativos entre los allí reunidos, como así se verificó.

El señor presidente con un discurso que pronunció, apoyado en el Evangelio, encareció á todo trance se defendieran la *verdad* y la *justicia*, lo que le valió justos aplausos y felicitaciones entusiastas.

OBRAS CATÓLICAS

San Juan de las Abadesas.—Dentro pocos días, Dios mediante, contará con un Centro Católico, para cuyo establecimiento convocóse á una reunión á la que asistió numerosa concurrencia. Presidióla el digno Cura-párroco, quien expuso la idea de la fundación de un Centro á fin de que por medio de la instrucción religiosa y gratuita de las clases obreras, se puedan contrarestar los funestos resultados de la enseñanza láica que algunos pocos ami-

gos del apóstata Gabarró, tratan de implantar en aquella católica villa.

La idea del venerable Cura-párroco fué acogida con tanto entusiasmo que al procederse á la formación de lista, quedaron ya inscritos más de noventa socios.—M. B.

BUENOS EJEMPLOS

Santificar las fiestas.—Hace pocos años que uno de los ilustres Arzobispos franceses, Cardenal de la santa iglesia, apesadumbrado al ver que se iba generalizando más y más todos los días en la ciudad la profanación de los días festivos, estudiaba el medio más á propósito para hacer cesar, ó cuando menos mejorar, un estado de cosas tan deplorable, cuando le ocurrió el pensamiento de dirigirse directamente y en persona á uno de los más conocidos industriales de la ciudad. «Si el buen ejemplo viene de lo alto, decía en su interior, será más eficaz.»

Llamóle, pues, el Cardenal á su palacio. Ufano y alegre el digno comerciante con tal prueba de estimación por parte de su Arzobispo, correspondió al día siguiente á la invitación recibida. Mas cuando Su Eminentísima, después de algunos momentos de conversación indiferente, pasó á explicarle el objeto de aquella entrevista, y pidióle por último que para buen ejemplo de los demás se dignase en los días festivos cesar de todo tráfico y venta, el comerciante replicóle al punto con mucho respeto, pero con una convicción que dejaba al buen Cardenal poca esperanza de ver realizadas las suyas, que aquello le era completamente imposible, que sus intereses comerciales sufrirían gran quebranto, y que con adoptar aquella medida peligraría el porvenir de sus hijos. Mil otras razones añadió, que á su modo de ver, eran á cual más importantes.

Después de algunos momentos de una sincera discusión entre el Arzobispo y el negociante, que si bien era en el fondo católico, había olvidado que cuando se busca con preferencia el reino de Dios lo demás se nos dá por añadidura, Su Eminentísima, como inspirado, exclamó de repente:

—Pues bien, voy á hacerle una propuesta: cese usted desde luego en todo negocio en los días festivos; calcule exactamente todas las noches la ganancia de aquel día, y si al fin

del año no iguala á la del año anterior, yo me obligo á... pagar el *déficit*.

—Señor Cardenal; usted se chancea...

—Pero con la condición, replicó el Cardenal, que sí, por el contrario, la ganancia fuere mayor, usted me entregará el exceso para mis actos de beneficencia.

Pasó el año y el Cardenal ya no pensaba en su compromiso ni en el que había contraído el rico comerciante, cuando un día se presenta éste al Arzobispo:

—Eminencia, le dice en tono risueño, vengo á pagar mi compromiso: aquí están *seis mil francos*, que son el excedente de mis ganancias de este año sobre el anterior.

El buen ejemplo no había dejado de producir su fruto, porque en el decurso del año muchos otros comerciantes cristianos de buena voluntad, pero débiles y vacilantes, se habían decidido á observar la ley de la Iglesia en todo su rigor, cerrando el despacho de sus negocios los domingos y días festivos.

El canceller Tomás Moro.—Hombre eminente en ciencia y virtud, su talento y sus servicios al Estado, le llevaron al empleo de gran canceller de Inglaterra. Habiendo el Rey roto los lazos que le unían con la santa Iglesia, por divorciarse y casarse con Ana Bolena, Tomás dimitió su cargo y se retiró á la vida privada.

Viendo que por medios suaves y brillantes ofertas, no lograban arrancarle el juramento, que comprendía el reconocimiento de la supremacía eclesiástica de Enrique VIII y de su escandaloso divorcio, recorrieron á la violencia y encerráronle en la Torre de Londres. Y como gozando de una gran tranquilidad de conciencia, se consolase de las grandes privaciones que sufría, con los libros que era muy aficionado se los quitaron también.

Los amigos intentaron ablandarle, alegando que no debía confiar en su propia opinión, sino en la de todo el Parlamento de Inglaterra. «Si fuese yo solo contra todo el Parlamento, contestó, desconfiaría de mí mismo, pero el caso es que tengo de mi opinión á toda la Iglesia católica, que es el gran Parlamento de los cristianos.»

Como su esposa tratase de persuadirle que obedeciese al Rey, y salvase la vida para consuelo de sus hijos: «¿Cuántos años, contestó, piensas que puedo vivir?—¿Más de veinte años! replicó ella. ¡Ah! ¡esposa mía! contestó,

¿y quieres que cambie la eternidad por veinte años?

Viendo Enrique VIII que nada lograba doblegarlo, mandó que lo decapitasen. Tomás, que amaba tiernamente á su hija Margarita, á quien había enseñado el griego y el latín, se la encontró al salir de la sala en que le acababan de leer la sentencia de muerte. «¡Padre mío! exclamó ella arrojándose á sus brazos. ¿Y consentís en morir inocente?—¿Qué querías tú, hija mía, respondió él sonriendo, que muriese culpable?»

La víspera de morir, escribió con un carbón que pronto no daría pesadumbre á nadie, y que ansiaba ver á su Dios en la octava de San Pedro y aniversario de la traslación de las reliquias de Santo Tomás de Cantorbery, de quien era particular devoto. Su muerte fué la de un santo, y el tiempo que precedió á la ejecución lo empleó en orar fervorosamente. Perdonó al verdugo, á quien habló afablemente, y le dió una moneda por su trabajo. Antes de morir protestó ante el pueblo que moría en defensa de la fe católica, apostólica, romana.

(*La Caridad Cristiana.*)

MISCELANEA

¡Ningún crucifijo! ¡Ningún sacerdote!—Son de una crudeza que horroriza los detalles que se publican sobre la muerte de Agustín Depretis:—¡Ningún Crucifijo! ¡Ningún sacerdote!—Es la ausencia más absoluta de Dios del lecho del que ocupaba el puesto primero en el gobierno de la Italia católica, rigiendo á su gusto sus destinos. Ahora bien. ¡Ved aquí al dueño de Roma, al hombre indispensable para la Revolución, y al sostén valioso de la Monarquía instalada en el Quirinal! En la vida privada, libre pensador y masón; en la Cámara, volteriano escarnecedor de las verdades cristianas; en política, enemigo declarado del Papa; en la muerte, privado de toda señal y de apariencia de religión:—¡Ningún Crucifijo! ¡Ningún sacerdote!—Cavour, Lanza, Sella, Rattazzi, Maniámi y muchos otros tuvieron á lo ménos una sombra de arrepentimiento poco antes de morir, y se dirigieron en aquel instante hácia la Religión; mas los últimos momentos de Depretis no han sido confortados por ningún pensamiento de fé que levantase su espíritu á sufrir, é inspirara sobre la faz

moribunda un ligero soplo de esperanza: el sacerdote no le ha dicho ninguna palabra de salud, y Jesucristo, que murió para salvar á todos, incluso Agustín Depretis, no ha descansado siquiera sobre el pecho de su cadáver. Y es justo por desgracia: no está Dios, donde no se halla su ministro.

Sin embargo, un sacerdote (según escribe un corresponsal de la *Gaceta Piemontesa*) se halló en el lecho de muerte de Agustín Depretis; sus amigos y hermanos en masonería, que habrán hecho todo lo posible para tener lejos al ministro de Dios, no advirtieron que un sacerdote se hallaba en su compañía, presenciando las agonías del pobre Presidente del Consejo. Era un sacerdote que solía tener á su lado durante su vida, considerándole uno de sus familiares y comensales; pero un sacerdote que renegó, diputado del Reino de Italia: el honorable Pablo Ercole, uno de los pocos que le asistieron hasta exhalar el postrer suspiro. Pablo Ercole, como lo era, es sacerdote aún hoy, y lo será eternamente, por cuanto no se borra el carácter sacerdotal por mudar de hábitos, de opiniones y de costumbres; lleva este carácter inseparable á la Cámara de los diputados y á los Gabinetes de los ministros; junto al lecho del amigo moribundo era sacerdote, no ménos que cuando vestía la sotana y celebraba la santa Misa en la iglesia del *Corpus Domini* de Turín.

¿Habrá el diputado Ercole recordado en aquellos instantes solemnes que es sacerdote? ¿Habrá pensado que la Santa Iglesia, madre benigna, en las circunstancias solemnes torna la jurisdicción aún á los apóstatas, á los perjuros y á los excomulgados? La cosa no es imposible, y la misericordia de Dios, que infinita es, puede haberse servido de tal medio extraordinario, para nuevamente abrazar un alma perdida; pero cabe igualmente suponer que han faltado el tiempo y el valor; que los amigos lo hayan estorbado; que el respeto humano haya cortado en los labios del sacerdote familiar las palabras sacramentales. Si así ha sucedido, adoremos, temblando, los terribles juicios de Dios, que habrá castigado al propio tiempo al ministro moribundo y al sacerdote diputado: al primero, porque le faltaron, á pesar de la oportunidad grande, los socorros de la religión; á éste, porque le impidió cumplir la obra mejor acaso de su vida: ¡la de salvar un alma, y qué alma!—¡Sólo esta dolorosa hipótesis justificaría lo que se ha

escrito, es decir, que en el lecho de Depretis no se han hallado, ni el Crucifijo, ni el sacerdote!

(De *L' Unità Cattolica*).

Sacrilegios castigados.—Decía un tal Le-maire, famoso bandolero francés, dirigiéndose á su hijo que acababa de oír la sentencia de muerte dictada contra él:

—Escucha bien, dijo: yo hice mal mi primera comunión en París, en la iglesia de San Merry. Desde entonces he pasado de sacrilegio en sacrilegio, de robo en robo, de crimen en crimen, hasta llegar al patíbulo: quiera Dios otorgarme su perdón y perdonar á todos los que se atreven á insultar al Sacramento de la Eucaristía.

En efecto, las ofensas á Jesús Sacramentado, han sido siempre una cadena que ha arrastrado á los hombres al precipicio y son tantos los castigos que han acarreado, que pudieran llenar un inmenso volúmen.

En 1803, durante la invasión francesa del piamonte, celebrábase en Turín una solemne procesión en memoria de la célebre Hostia milagrosa que allí se venera. Un barbero conocido por su cinismo, después de haber estado burlándose de la procesión delante de cierto parroquiano, salió de su tienda para verla desfilar, haciendo la fanfarronada de permanecer con el sombrero puesto y negarse á quitárselo á pesar de las instancias que le hicieron para ello.

En el momento de pasar el Santísimo Sacramento estaba el hombre allí plantado como desafiándole; cuando de repente cae muerto en el mismo sitio donde se encontraba.

El hecho fué tan ruidoso y produjo tal emoción que las autoridades de Turín mandaron exponer el cadáver delante de la casa consistorial durante treinta y seis horas.

Otro hecho.

En 1882 el Cura párroco de Severes á instancias de sus parroquianos, se decidió á celebrar la procesión del Corpus, interrumpida desde el tiempo de la revolución, (pues es de notar que la revolución es enemiga del Sacramento, como lo ha demostrado estos últimos años, prohibiendo la procesión del Corpus en Italia y en Francia).

En el momento de salir el Santísimo á la calle, un blasfemo apostado en las gradas de la iglesia comenzó á insultarle gritando:

—¡Vedle! ¡Ahí va el Dios de papel!

El pueblo indignado trató de castigar al deslenguado, que sobre prorrumpir en blasfemias, aún quería lanzarse sobre la procesión; pero el vicario consiguió ampararle y proteger su retirada:

—¡El año que viene veremos! — exclamó marchándose y como en son de amenaza.

En efecto, al año siguiente, el día de Corpus, reprodujo el escándalo en el mismo sitio; pero aquel día no fué el pueblo quien se encargó del castigo, sino el mismo Dios, que hirándole como con un rayo, le hizo rodar muerto á los piés del párroco que llevaba la Sagrada Hostia.

También el año 1837 en Madrid el día de Navidad ocurrió otro hecho digno de recordarse.

Cierto desalmado que se había introducido en una iglesia durante la misa del gallo, por hacer alarde de su impiedad, apostó con su compañero á que comulgaba de burla con los demás fieles. En efecto, se acerca á la mesa, comulga y se vuelve riéndose; pero aún no habían transcurrido cinco minutos, cuando arrojando sangre por la boca empieza á declarar delante de todo el mundo el pecado que acababa de cometer. Sacáronle de la iglesia medio muerto sin que se sepa cual sería su fin.

Aún podemos citar más castigos.

Durante la revolución en 1830 un colegial de Versailles, muchacho de quince años, al salir de una conferencia que acababa de dárseles á los que iban á recibir la primera comunión, en tono medio zumbón y medio irritado empezó á tronar contra lo que acababa de oír, repitiendo que ni creía ni había creído jamás en la Encaristía.—Descuartizado me vea, si Dios está allí!—exclamó como para dar más fuerza á su perorata y probar más su descreimiento.

—Hombre, le dijeron los compañeros,—pues ya que no crees no comulgues.

—Al contrario,—quiero comulgar para probar el ningún miedo que le tengo á ese Dios.

Y en efecto, al día siguiente comulgó con los demás.

Al inmediato día hubo asueto para los colegiales y fueron todos de paseo por la parte de Marly para ver funcionar el curioso mecanismo de las bombas aspirantes que se establecieron allí en tiempo de Luis XIV, con objeto de elevar las aguas del Sena y alimentar los estanques del parque de Versailles.

Los profesores recomendaron á los mucha-

chos que no se acercasen á las máquinas porque podía ocurrir una desgracia.

Pero la advertencia fué inútil para un desgraciado.

El sacrilego que el día anterior había desafiado á Dios, diciendo que le matase descuartizado, si era verdad que estaba en la Eucaristía, había sido cogido, no se sabe cómo, por la ropa, y atraído por la terrible máquina, daba gritos pidiendo socorro. Pero cuando acudieron era tarde; el mecanismo lo había matado y materialmente triturado á presencia de sus compañeros.

La consternación de éstos no tuvo límites. El castigo era patente.

Como lo fué el de otro joven de mala índole, que después de recibir la comunión en París en el barrio de Marais, arrojó la Sagrada Forma, bajo de un banco.

Tres meses más tarde moría de la manera más extraña y trágica que puede darse. Caído de un árbol del jardín de su casa, dió con la cabeza sobre una rama desgajada y entrándole la punta de ésta por la garganta, le atravesó de parte á parte la lengua con que poco tiempo antes había escupido el Cuerpo de Jesucristo.

El infeliz murió aquella misma noche desesperado y sin Sacramentos.

No acabaríamos nunca, si hubiésemos de seguir citando hechos de esta naturaleza, pero no hemos de omitir como final el de cierto sujeto que siendo concejal de ayuntamiento y no queriendo por una parte confesarse, ni por otra dejar de asistir á la comunión que tiene lugar el Jueves Santo, tenía la costumbre de ponerse su frac y su corbata blanca é iba á recibir á Dios como si fuese un pedazo de oblea.

Llegada su última hora aquél hombre la tuvo tan horrorosa que dejó memoria. Murió como suelen morir los sacrilegos, rabiando y sin auxilios de ninguna especie.

¡Oh! si se conociesen los secretos de las conciencias. ¡Cuántos infortunios, cuántas desgracias, cuántas muertes trágicas y horrosas hallarían su explicación en ocultos sacrilegios!

Verdad es que Dios no los castiga á todos así, porque entonces ¡ay de muchos de nosotros! Sin embargo, de un modo ó de otro, ninguno queda sin castigo, así como de una ú otra manera, el amor á la Eucaristía jamás queda sin premio.

Refiramos en confirmación de esto un suceso que servirá de mucho consuelo después de ha-

ber leído los anteriores. El maravilloso premio de un niño inocente, á quien su padre quiso matar por haber comido el Pan de la vida.

El hecho es antiguo, muy célebre y muy conocido, pero aún así y todo su ejemplaridad es tal, que conviene recordarlo para que no se eche en olvido el poder de Dios y el respeto que merece la Sagrada Eucaristía.

Un día que San Mennas, patriarca de Constantinopla bajo el reinado de Justiniano, oficiaba en la basílica de Santa Sofía, las patenas, en las cuales los diáconos presentaban á los fieles el Cuerpo del Señor, quedaron después de la distribución eucarística llenas de numerosas partículas consagradas. Era costumbre en semejantes casos llamar á los niños pequeños de las escuelas vecinas y distribuirles aquellos preciosos restos del Pan de los Angeles.

Entre aquella tropa inocente se encontraba el hijo de un judío, fabricante de cristal. Se acercó al altar, como los otros niños, recibió como ellos la sagrada Comunión y permaneció durante las oraciones y acciones de gracias. De regreso á la casa paterna, el judío que se hallaba solo, le preguntó por qué volvía más tarde que de ordinario. «Es, respondió el niño, que al salir de la clase he estado con los niños cristianos en la iglesia, y me he quedado allí porque me han dado á comer de ese Pan que los cristianos adoran.» Aquella respuesta irritó al desgraciado padre, poseído de un odio violento contra todo lo que le traía á la memoria el recuerdo del Cristo. «¡Ah! exclamó, tú también vas á ese Jesús! Será la última vez y mi sangre no se hará jamás cristiana.» En su furor, aquél hombre desnaturalizado coge á su hijo, le precipita en el horno incandescente del cristal, y lo cierra enseguida blasfemando.

La madre, que esperaba á su hijo, no viéndole volver, temió algún accidente y se puso á recorrer la ciudad para saber lo que le había sucedido. Trabajo inútil: después de tres días de investigar, aun no había recogido ningún indicio y la desesperación había llegado al colmo en el corazón maternal; más muerta que viva, se dejó caer en un rincón de la casa, no lejos del horno, prorrumpiendo en gemidos y llamando á su hijo con gritos desesperados. «Madre mía, madre mía, aquí estoy,» responde de repente una voz infantil y dulce que salía del lado del fuego. La madre se lanza hácia el horno, separa la puerta y ¡oh prodigio! su hijo está allí de pié en medio de las brasas ardientes; las llamas le rodean, pero sin tocarle;

está como en medio de rosas y como al borde de una fuente de agua fresca. La madre, inundada de júbilo, le saca de aquel lugar, en la exaltación de su dicha, le abrumba con preguntas: ¿cómo has podido no ser consumido? ¿quién te metió en el fuego? ¿de dónde proviene semejante maravilla? «Es mi padre, dice el niño, quien me arrojó en el horno porque había estado con mis camaradas los cristianos en su templo, donde me hicieron comer un pan divino, que yo no conocía. Pero apenas hube caído en el fuego, ví venir á mí una mujer vestida con una túnica de púrpura y un manto azul y la cabeza ceñida de una corona más bella que el sol; derramó agua sobre los carbones ardientes, separó con la mano las llamas que me rodeaban, y cuando tenía hambre me daba un alimento delicioso; me animaba dulcemente y llenaba mi corazón de consuelo.»

El ruido de aquel milagro se propagó como un rayo por toda la ciudad. El emperador Justiniano y el patriarca San Mennas quisieron ver al nuevo Azarías y á su dichosa madre; éstos se hicieron cristianos y fueron bautizados, bendiciendo á la vez al Dios de la Eucaristía y á la Virgen María; porque Ella era la que se apareció al niño. En cuanto al padre, rehusó obstinadamente abrazar el Catolicismo, y Justiniano le hizo aplicar la ley como asesino de su hijo.

Bendigamos á Dios por tanta grandeza.

(De *La Lectura popular*.)

Las enfermeras laicas.—Ha hablado un periódico libre pensador, en su último número, de lo que llama la conveniencia de sustituir por enfermeras laicas, en los hospitales, á las Hermanas de la Caridad. Y trata de apoyar su proposición con el ejemplo de lo que sucede en Francia.

En efecto, el ejemplo es tentador: la administración francesa, que gasta más de 30 millones en los hospitales, llega desde la introducción de las enfermeras laicas hasta no poder dar leche en muchas ocasiones á los enfermos. Y *L'Univers*, de París, registra el caso de haber tenido que costear un médico, con dinero de su bolsillo, la leche que debía dar la administración pública á los enfermos de los hospitales, sin que pudiera hacerse otra cosa.

En realidad, esto no es más que un detalle, pues á otros enfermos les falta en los hospita-

les franceses hasta el agua de Vichy, y en multitud de ocasiones los medicamentos inclusive. Calcúlense los partidarios que entre los pobres enfermos tendrá en Francia el régimen laico que impera en los hospitales.

Esto no puede sorprender á quienes dan el valor debido á la realidad. ¿No es verdad, acaso, que las enfermedades nacidas de la miseria ó del vicio, ó de ambos á la vez, son humanamente repugnantes? Los estudiantes, los médicos y las enfermeras que cuidan á los desgraciados en los hospitales, ¿no hacen un gran sacrificio? El sacrificio no siempre es igualmente duro, dadas las circunstancias diversas que en los médicos, en los estudiantes y en las enfermeras concurren, además de lo que puede en las personas el hábito. Para unos, el entusiasmo y la generosidad de la juventud, el deseo de terminar su carrera, el brillante porvenir lleno de ilusiones y esperanzas y el amor al estudio, hacen que pasen muy ligeras las horas de asistencia á los hospitales. Para otros producen idénticos efectos la fama allí conquistada, la pasión por la ciencia, el atractivo de las investigaciones personales, el trabajo, que es un buen amigo, el amor al bien que dá á los espíritus elevados el frecuente trato con las miserias humanas, juntamente con las recompensas obtenidas, y que superan con mucho al peso del trabajo diario.

Sin embargo, ciertas recompensas de las indicadas no existen más que para el personal médico, para personas á quienes la ciencia, la superioridad de la educación y las condiciones de su vida ponen por encima de sus profesiones mismas. Muy diferente es la condición de las enfermeras. No son solamente dos ó tres horas de la mañana las que consagran á su misión, sino todo el día y toda la noche. Para éstas son las fatigas, el insomnio, los cuidados continuos y pesados, las quejas de los enfermos y su ingratitud á veces. Y cuando pasan los años de su juventud ¿qué va á ser para aquellas enfermeras laicas aquel infierno de tormentos? Nada al fin de la jornada.

Esto es imposible, esto es insensato; es más: esto es inhumano. ¿Qué derecho, vosotros, secularizadores, ateos, qué derecho teneis vosotros para exigir semejante servicio, á mujeres libre-pensadoras y ateas como vosotros, la mayor parte jóvenes ó cargadas de familia, que gustan de las distracciones como vosotros? Y ¿cómo quereis imponer vosotros, insensatos,

á estas criaturas débiles, á quienes la fe no fortifica, el peso que vosotros mismos no queríais tocar siquiera con el dedo?

Las enfermeras láicas reciben, en cambio de la vida que llevan, un buen salario; pero como esto no es á su juicio suficiente compensación de sus trabajos, los enfermos pagan los gastos, puesto que no hay más que un presupuesto que repartir entre ellos y sus enfermeras.

Y aun cuando, lo que sería en perjuicio, se hiciera el reparto con cierta igualdad, y aun cuando las enfermeras fuesen todas ellas modelo de honradez, nunca se daría á los enfermos lo que les daban las hermanas de la Caridad, lo que ellas solas pueden darles, lo que ellos quieren ante todo: el consuelo, la paz, la curación del alma, la seguridad de tener á su cabecera, no un centinela, sino un ángel custodio, una protectora que los respeta y los ama. Todo esto no lo podrá comprar la asistencia pública al precio de treinta ni de cien millones.

Adviértase ahora que los males que originaría el sistema de las enfermeras láicas, sería más funesto todavía en España que en Francia, toda vez que, á no dudarlo, las enfermeras francesas, llevarían una ventaja sobre las españolas, en su más esmerada educación, y por mucho que se irregularice en Francia, más se irregularizaría en esta tierra de irregularidades é irregularizadores.

—Se lee en la vida de Santa Isabel de Hungría, que para ocultar su caridad se transformaron milagrosamente en rosas los pedazos de pan que llevaba á los pobres. Algo semejante acontece á los que practican la caridad.

Las hermanitas que asisten al enfermo en su casa, ó en el Hospital, que le cuidan y sirven con delicadeza y amor tan humanitario que admira á cuantos las ven ejercer su ministerio de caridad, de la que á nadie exceptúan, bien sea pobre ó rico, así al católico como al hereje, al judío como al mahometano, al que cree y ora, como al incrédulo y ateo; no dejan de ver transformarse en rosas su heroísmo por El que es Caridad.

La paz cristiana resplandece en el rostro, y la satisfacción interior reina en el caballero y señora que dedican parte de sus rentas para alimentar al hambriento, vestir al desnudo, y proporcionar protector albergue á quien de él carece. Mientras otros dedican parte de su

tiempo á consolar al triste, y asistir espiritual y firmemente al necesitado.

Yo creo que todas estas almas cristianas han de recibir de Dios, al hacer el bien, algún placer interior, alguna sensación agradable, semejante al que debió sentir Santa Isabel al ver transformados milagrosamente en rosas los pedazos de pan.

Supliquemos á Dios que mueve estos nobles corazones, aumente su número, para el bien de ellos mismos y de sus hijos los pobres.

FÉLIX REIG, *Pbro.*

(*Boletín de Beneficencia*).

El plan de la secta.— En los días 29, 30 y 31 de Marzo de 1882, en el *Templo rojo*, en el Hotel del Gran Oriente de Francia, se deliberó en sesión secreta y acordó lo siguiente:

La república debe hacer á la Iglesia una guerra sin tregua ni cuartel; pero como el pueblo francés, generalmente hablando, aun conserva sus creencias católicas, importa no obrar precipitadamente, para conseguir así más sobre seguro acabar con la religión.

«Es menester, pues, ir preparando de antemano la opinión pública á la idea de la separación de la Iglesia y del Estado.

«Se hará entender que es lógico que la Iglesia y el Estado sean independientes el uno del otro; que la Iglesia no tendría motivo para quejarse de semejante situación, pues en ella disfrutaría de la más completa libertad; y también sería en beneficio del Estado, puesto que en tal caso no correría por su cuenta el presupuesto del Clero, sino que quedaría á cargo de los que reclamaran sus servicios.

»Estas ideas deberán ser expuestas en periódicos y conferencias, cuidando mucho de decir y repetir en todas partes, que el Estado al separarse de la Iglesia, no se pone en pugna con ella, sino que únicamente se trata de una simple separación de intereses.

»Cuando los pueblos hayan oído suficientemente exponer esta tesis; se hará que las Cámaras aprueben una ley, anodina cuanto sea menester, estableciendo la separación de la Iglesia y del Estado.

»Votada ya la ley, se declarará en todas partes que su consecuencia natural es la sujeción del Clero al derecho común en todas las circunstancias.

»En virtud de este principio, se tomarán poco á poco, y con la prudencia necesaria

para no chocar de frente con los sentimientos de los pueblos rezagados, diversas medidas, que tengan por resultado debilitar progresivamente la religión hasta aniquilarla por completo.

»En nombre del derecho común, se obligará á los seminaristas al servicio militar, para que de esta manera resulte posible el reclutamiento del Clero.

»En nombre del derecho común se suprimirá la embajada del Vaticano, alegando que, como el Papa no es soberano de un Estado no hay motivo para acreditar un embajador cerca de su persona.

»En nombre del derecho común se confiscarán en beneficio del Estado los bienes de las comunidades religiosas, aún de mujeres, y al tomar esta medida se cuidará de hacer entender que habiendo llegado estos bienes á manos de las comunidades religiosas por medio de la astucia ó del fraude, es un acto de justicia devolverlos á la nación en beneficio de los pueblos; pero, sin embargo, á fin de que las comunidades despojadas no puedan gritar que se les persigue, el Estado constituirá una pensión vitalicia á los religiosos ó religiosas, que formen parte de dichas comunidades, y con la cual se les asegure estrictamente lo necesario para la existencia. Finalmente, si á pesar de estas medidas y de la universal *laización* de las escuelas y demás establecimientos públicos, aún conserva el clericalismo algunas raíces en el país, se podría, siempre á nombre del derecho común, arrancarlas para siempre, haciendo imposible el ejercicio de la religión, mediante la hábil aplicación de algunos artículos del código penal. Así, declarando que la confesión corrompe la juventud, quedarían imposibilitados los sacerdotes para desempeñar las principales funciones de su ministerio (artículo 334): de la misma manera se les privaría de todo recurso, prohibiéndoles recibir cantidad alguna por misas, bautismo y otras ceremonias, pues bastaría para ello asimilar con cierta destreza, todos estos hechos á los delitos de fraude y estafa (artículos 405 y 323).

»De esta suerte, pidiendo simplemente la *separación de la Iglesia y el Estado*, fórmula inmejorable, porque así será más fácilmente aceptada, el partido republicano debe en realidad proponerse la realización de un fin, de mucho mayor alcance: *La supresión de la Iglesia en el Estado.*»—(*El Vigía Católico.*)

—De San Feliu de Guixols escriben á *El Semanario de Figueras* lo siguiente:

«El Sr. Juez, á consecuencia de varias acusaciones que habían llegado á sus oídos, compareció en compañía de un Sr. Escribano, Alguacil y testigos á la logia de ésta, en donde tenían sus reuniones secretas los hermanos tres puntos de aquí, Palafrugell y La Bisbal, y recogió los puñales y espadas, un cráneo y algunos papeles y después selló la logia. Los masones han amenazado rabiosamente á este Sr. Juez, y él con sorna les ha contestado, desconcertándolos: «¿No decís vosotros que todos vuestros fines son filantrópicos?» Pues, ¿á qué espadas y puñales y amenazas de muerte? Mi señora esposa pertenece á las Conferencias de San Vicente de Paúl y nunca en ellas ha encontrado espadas, ni puñales, y menos ha oído amenazas de muerte. ¿Es que la *filantropía* de las Conferencias de San Vicente de Paúl es distinta de la filantropía masónica?»

Los espíritus.—Una señora de Madrid se había dado al espiritismo, en representación del cual funcionaban como *mediums* y como consultores un hombre y una mujer. Estos oyeron decir á los espíritus una noche:

—La señora ha de vivir en vuestra compañía.

Y en el acto el mandato de los espíritus fué transmitido, acatándolo y cumpliéndolo la señora interesada.

—Es preciso que los bienes de vuestra huésped pasen á vuestras manos, exclamaron en otra noche los espíritus.

La señora se enteró de lo que estos pedían por el marido y la mujer consabidos, y, en efecto, comenzó á dar á sus compañeros lo que pedían en representación de los invisibles soberanos del mundo.

Indudablemente, otro espíritu debió compadecerse de la situación de la pobre señora despojada de los objetos de su pertenencia, inspirándola una conferencia con D. Argimiro Blay, delegado de vigilancia del distrito del Congreso. Este delegado ha rectificado la obra de los espíritus: ha recogido 140 papeletas de empeño de objetos de la propiedad de la señora que estaban en poder de los *mediums*, y ha puesto á los tales intermediarios á disposición de los tribunales. Los *mediums* vivían en la Ronda de Valencia.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

BIBLIOTECA TERESIANA

EL CUARTO DE HORA DE ORACIÓN según las enseñanzas de la seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús, por D. Enrique de Ossó. Pbro. Undécima edición notablemente aumentada.—A causa de su mayor extensión, pues forma ahora un precioso manual de meditaciones, se ha tenido que aumentar un poco su precio, que es de 3 y medio rs. en rústica, y 5 y medio rs. en piel de color y relieve.

VIDA MEDITADA DE SANTA TERESA DE JESÚS, ó sea *Año Teresiano completo*, muy á propósito para reformar la familia cristiana por medio de la lectura cotidiana y ordenada de los inspirados escritos de la más sabia de las Santas y la más Santa de las sabias.—Edición magnífica, adicionada por D. Enrique de Ossó. Consta de tres tomos en 4.º, y cuesta 36 rs. en rústica y 51 en pasta.

EL DÍA 15 Y NOVENA de Santa Teresa de Jesús.—Consta de una meditación para cada mes, y varias oraciones y ejemplos muy á propósito para hacer conocer y amar al Serafín del Carmelo: Precio 2 reales en rústica y 4 reales en piel de color y relieve.

TRIDUO en honor de Santa Teresa de Jesús.—Precio: 50 céntimos.

NUEVA NOVENA en honor de Santa Teresa de Jesús.—Precio: 60 céntimos.

MES DE SANTA TERESA DE JESÚS, ó sean treinta y tres meditaciones sobre las virtudes de la Santa.—Precio: 1 real 25 cént.

EL ESPÍRITU de Santa Teresa de Jesús, ó sea colección completa de los pensamientos, sentencias, máximas y afectos más notables de la Santa, sacados á la letra de todas sus obras.—Están impresos el libro número 1, que se vende á 1 real y medio, el número 2 que se vende á 2 rs., y el número 3, á real y medio.

¡VIVA JESÚS! Manualito de sabrosísimas meditaciones sobre los misterios de la Infancia del Hijo de Dios.—Precio: 1 real y medio el ejemplar en rústica, y 3 y medio en percalina con plancha dorada.

NAVIDADES. *Impresiones y recuerdos*, por D. Juan B. Altés, Pbro.—A 1 real.

LAS OVEJITAS DEL NIÑO JESÚS, por id.—Precio 2 reales en rústica y 4 en plancha dorada.

UN RAMO DE VIOLETAS consagrado al excelso Patriarca san José, por id.—A 2 rs. el ejemplar.

LA HUIDA DE TERESA, ó sea la vocación de Santa Teresa de Jesús al martirio. Dramita religiosa para niñas en un acto y en verso por id.—A 3 rs. ejemplar.

EL TRIUNFO DE MARÍA.—Cuadro religioso-dramático en verso, para representarse por niños y niñas durante el mes de Mayo, por id.—Véndese al precio de 2 rs.

VIAJE TERESIANO. (Cartas familiares). Seguido de la «Peregrinación Teresiana», por id.—A 4 rs. en rústica y 6 en tela y planchas doradas.

LA PALOMA DEL CARMELO, por id.—Drama religioso en tres cuadros y en verso, exclusivamente para niñas. Véndese á 4 rs. ejemplar.

HISTORIETAS TERESIANAS, por id.—Consta de 250 páginas en 8.º, y se vende al precio de 4 rs. en rústica y 6 ricamente encuadernado con planchas doradas.

CUENTOS Y CUADROS TERESIANOS, por id.—Precio 6 rs. el ejemplar, y 8 ricamente encuadernado.

EL TROVADOR DE SANTA TERESA, por id.—Forma un elegante tomito en 8.º, con tipos elzevierianos y multitud de viñetas, á 5 reales en rústica.

SANTA TERESA DE JESÚS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Esta Revista se publica el 15 de cada mes por ser día consagrado á la heroína española Santa Teresa de Jesús.

PRECIO: 16 reales al año, pagando por adelantado en toda España; Cuba y Puerto-Rico, 24; Filipinas, 30; Extranjero, 32.

Se suscribe en esta Administración.

OJITAS-RECLAMO CONTRA LA AFRENTOSA BLASFEMIA

Se venden al módico precio de 3 centimos una y 1'50 pesetas el ciento en la *Hormiga de Oro* calle de la Ciudad numero 7.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Recomendamos encarecidamente á nuestros suscriptores de fuera de Barcelona se sirvan remitirnos el importe de su suscripción correspondiente al 2.º año de esta Revista, que empezó con el número 13 de la misma; lo que pueden hacer por medio de sellos de correo, libranzas ó en otra forma que pueda serles más conveniente.

De D. D. S., Pbro. de Castelló de Farfana, de D. C. G. L., de D. J. del V., de Salinas de Añana, de J. G., de Castellón, la hemos rebibido.

Para los pedidos dirigirse á D. Francisco Altés, calle de Pelayo, núm. 6, bajos, imprenta, el cual hará una rebaja proporcionada al pedido.